
Tinta fresca

El gran precipicio

Luján arranca la maquinaria de la autodestrucción en una gran novela



TINO PERTIERRA

Todo parece real. Pero no lo es. La cita inicial lo advierte: sólo los idiotas creen en la realidad del mundo, lo real es in-mundo y hay que soportarlo. Palabra de **Lacan**. Así que todo arranca con una escena cotidiana. Llena de normalidad. Inofensiva. Parece. La calidez estival. La dicha plácida. Burgueses desechables, como los manteles. Ellos y ellas. Sus hijos, al borde del agua tranquila de una piscina. ¿Tranquila? No hace tanto tiempo estaba verde y “había mogollón de sapos”.

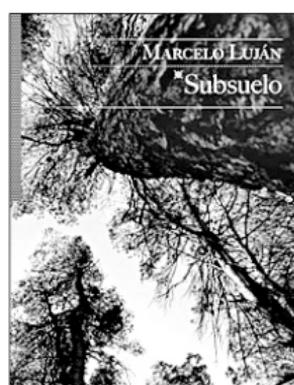
Qué asco los sapos. ¿Los mataron los lobos?

Todo parece en orden. Por poco tiempo. Cualquier brecha inesperada lo cambia todo. De eso sabía mucho **John Cheever**, que atravesaba las paredes y mostraba las sombras malheridas de la intimidad. **Marcelo Luján** quiso perforar la superficie para llegar al **Subsuelo** con la idea de representar “algunas premisas de la condición humana. Premisas que me persiguen, podría decirse, porque me interesan muchísimo las reacciones de las personas –más o menos normales, contemporáneas, y perfectamente reconocibles para nuestra sociedad– ante situaciones límite. De este modo, intenté inocular el mal, lo oscuro, lo perverso, a una familia burguesa, en el escenario donde menos interacción con el resto del mundo podían tener: una parcela alejada de la ciudad, aislada, en la que suelen pasar los veranos. Allí, dos hermanos mellizos –chica y chico, adolescentes–, su madre, y algunos personajes secundarios, pondrán en marcha los engranajes de la peor maquinaria conocida: la de la auto-destrucción”.

El desafío está servido: gestionar del mejor modo posible “la tensión en un escenario tan reducido, también como herramienta de dosificación de la información”, y por ello “tomé algunas decisiones narrativas arriesgadas pero que consideré oportunas en el desarrollo de esta novela: la utilización de un narrador omnisciente de carácter anticipatorio; un narrador extraño y mordaz que le dice al lector, entre otras cosas ‘dentro de dos minutos ocurrirá esto’, y acto seguido le ordena ‘ahora ve y observa cómo ocurre’”.

Hay un accidente en el centro del relato: un accidente “cuyo desenlace llevará a los personajes a la más angustiada de las salidas: la que no tiene retorno ni vía de escape. Pero no es ese hecho el corazón de la historia. De ninguna manera. ‘Subsuelo’ late en la relación entre Eva y Fabián (más que hermanos), la osadía de uno y la permisividad del otro, lo que se esconden y lo que planean y lo que finalmente sucederá. Es allí donde se oyen los latidos de esta novela. Y en la figura de Mabel, la madre, con aquella noche negra que lleva pegada en su cuerpo. ‘A nadie le importa dónde aparecen los muertos’, piensa, siempre, Mabel”. Después está “el bosque de abedules observando el desarrollo de los acontecimientos. Un pantano. Una piscina. Y la colonia de hormigas recorriendo constantemente el subsuelo de la parcela y de la historia. No hay, apenas, más escenario para que nos perturben las siguientes afirmaciones: poder advertir el futuro. Para ahorrártelo. Para desviarlo. Para regatearlo. Para que no ocurran nunca las cosas que nadie quiere que ocurran nunca”.

Subsuelo es una tragedia en el sentido clásico: “Con algunos héroes, algunos oráculos, y un gran precipicio”. Caigamos en él para disfrutar de una gran novela.



Subsuelo

MARCELO LUJÁN

Salto de página